

el cielo: la vida del espíritu no es sino un fantasma. Resignémonos á saber que no somos otra cosa más que la secreción impalpable y sin consistencia de tres ó cuatro libras de médula blanca ó gris.



II

LA PERSONALIDAD HUMANA

Muy afortunadamente para las grandes y respetables verdades del orden moral, no estamos reducidos á tener que bajar la cabeza ante una conclusión tan grosera. Como en los días cantados por el autor latino de las *Metamorfosis*, hemos nacido para tenernos en pie y para contemplar el cielo. Ciertamente, pudiéramos hacer comparecer acá el imponente testimonio de los sentimientos más profundos de la naturaleza humana; pudiéramos establecer con la evidencia del día que en esas doctrinas perniciosas no existe lugar para la esperanza, ley moral para la conciencia, luz para las tendencias del corazón, bondad en la naturaleza, justicia en el orden universal, consuelo para el affligido, y que la población pensante del globo terrestre no tiene ya delante de ella ningún fin, ninguna claridad, ninguna ley intelectual. Rueda de aquí en adelante arremolinándose, arrastrada en el espacio obscuro por la rotación y la traslación rápida del globo, renovándose de segundo en segundo por el nacimiento y la muerte de sus miembros, siendo tan sólo en la superficie de la creación material una corrupción parásita ciegamente producida y perpetuada por las fuerzas químicas. Sí, nosotros pudiéramos invocando el testimonio de los

corazones que laten aún y de las almas que esperan, y poniendo en batalla los argumentos eficaces aun de la filosofía y de la psicología, derribar á nuestros adversarios y obligarles á confesarse vencidos. Pero puesto que hemos querido combatir sobre el mismo terreno y con las mismas armas, puesto que hemos pretendido poder refutarles en nombre sólo de la ciencia de la cual ellos se llaman los mantenedores y los intérpretes, queremos generosamente quedar sobre el terreno científico y desdeñar como ellos los silogismos de la psicología. Así, pues, dejaremos sin respuesta las siguientes proposiciones de nuestros adversarios, y las comentaremos en donde las prolonguen: «Las leyes de la naturaleza son fuerzas bárbaras, inflexibles, no conocen la moral ni la benevolencia» (Voigt.) «La naturaleza no responde á los plañidos y á los ruegos del hombre; lo abandona inexorablemente á él mismo» (Feuerbach). «Por experiencia sabemos que Dios no se mezcla de ninguna manera en esta vida terrestre» (Luther).

He ahí observaciones muy consoladoras para la humanidad, ¿no es eso? Pero nosotros respetamos el sentimiento puesto que no es un asunto científico, y por lo tanto no lo trataremos en este capítulo. Esta abstención no nos impide, comprendiéndolo bien, invitar á nuestros lectores á reflexionar y á decidir hacia qué lado su razón y su corazón se inclinan.

Pero solamente desde el punto de vista de la observación científica, dejando aparte los sentimientos del corazón y las leyes de la conciencia—que son sin embargo parte en la historia del alma,—diremos que ciertos hechos de pura observación son completamente inexplicables en la hipótesis materialista. En el precedente capítulo, puede aún quedar suspenso entre las dos hipótesis, pues les hemos presentado hechos balanceándose mutua-

mente y teniendo el espíritu indeciso en su centro de gravedad; en éste, el centro de gravedad pasará al cuerpo de las doctrinas espiritualistas, y los que no las seguirán peligrarán mucho de perder su equilibrio y de caer muy pronto en el vacío más vacío.

Expongamos por el momento las afirmaciones materialistas, contra la existencia del alma, y para no ocuparnos solamente de los extranjeros y hacer al mismo tiempo la historia del materialismo en nuestro país, escuchemos á Broussais, cuya obra fué la primera y gran señal de reunión de nuestros modernos epicúreos, y que inauguró en nuestro siglo la primer fase científica de esa carrera poco luminosa.

Para Broussais, como para Cabanis, como para Locke y Condillac, el hombre consiste simplemente en el conjunto de los órganos corporales y de sus funciones. El *yo*, la personalidad humana, no es un ser *sui generis*; es un hecho, es un resultado, un producto imputable de tal ó cual disposición de la materia. La inteligencia y la sensibilidad son funciones del aparato nervioso, poco más ó menos como la transformación de los alimentos en quilo y en sangre es una función del aparato digestivo ó del respiratorio. La existencia del alma no es más que una hipótesis, que ninguna observación la funda, que ningún razonamiento la autoriza, una hipótesis gratuita, aun más, una idea desprovista de sentido. Reconocer en el hombre otra cosa más que un sistema de órganos, es caer en los absurdos de la ontología.

Cabanis, en su libro tan conocido, y Destutt de Tracy, en el análisis razonado que ha hecho de las relaciones del físico y moral del hombre, emitieron las mismas opiniones, pero bajo una forma menos explícita.

Según los defensores exagerados de la doctrina

de la *sensación*, la persona humana está confundida en las funciones orgánicas. En realidad *ella no existe*. Todos los hombres de todos los pueblos y de todos los tiempos han creído en su existencia personal, han sentido vivir y pensar; todas las lenguas han expuesto en las primeras páginas de los anales de la humanidad la existencia personal del pensamiento humano, alma, inteligencia, espíritu, sean cuales sean, además de estos nombres empleados (pudiéramos adjuntar una página de nombres primitivos: arrianos, sanscritos, griegos, latinos, celtas, etc., pero tal nomenclatura no es necesaria y nuestros lectores ya conocen la existencia de estas palabras); el buen sentido del vulgo lo mismo que el genio del filósofo ha creído espontáneamente desde que el mundo es mundo y desde que hay seres pensantes sobre la tierra que no hay en nuestro ser nada más que materia, una *conciencia de sí*, sin la cual no sabríamos existir, y que se prueba por el solo hecho de nuestra certitud interna; en fin, todos los hombres han sentido que nuestro cuerpo no constituye nuestra persona pensante, y que el mundo exterior no la constituye tampoco. Pero la humanidad pasada y presente, ha contado, según parece, sin la opinión de los fisiologistas. Muy afortunadamente para nuestra instrucción, están ahí, para instruirnos de aquí en adelante é invitarnos á reflexionar sobre la necesidad de nuestra creencia. Como lo ha primorosamente escrito un espiritual espiritualista: «Hasta aquí, queridos amigos, nos dicen ellos, vosotros habéis creído que *existís* y que tenéis un cuerpo cada uno; desengañaos; *vosotros no existís; son vuestros cuerpos los que os tienen*. Vosotros no existís sino en apariencia; lo que cada uno de vosotros llama *yo* no es más que un nombre en el aire, un vano fantasma, un *yo* no sé qué, sin realidad ni consistencia; y lo que realmente existe

ahí debajo, es alguna cosa de la cual no tenéis conciencia, y que tampoco tiene conciencia de vosotros.»

Según Broussais, sus maestros, sus colegas y sus discípulos, el *yo* es el cerebro. El pensamiento, todos los fenómenos de la sensibilidad, del instinto, de la inteligencia, son «excitaciones» de la materia cerebral, ó, para hablar mejor, el lenguaje material del autor, «condensaciones» de la misma materia. Y de cualquier naturaleza que sea, toda percepción mental está en este caso. Dolor, gozo, recuerdo, imaginación, juicio, comparaciones, determinaciones, deseos, entusiasmo: *condensación* como todo esto. Si existen fenómenos complejos en ese laboratorio del pensamiento, así como una serie de razonamientos sucesivos á partir de una primera impresión, ya del exterior, hasta á un acto de voluntad son en tal caso *condensaciones de condensaciones*. Esas condensaciones son el pensamiento mismo. Esta no es la consecuencia, la procedente, es aún la *condensación* de las fibras del encéfalo... ¡Dios! ¡Qué cosa tan bella es la ciencia! ¡Y cómo tiene Broussais una imaginación bien condensada!

Sentirse sentir, tal es la fórmula, tal es el único hecho de conciencia admitido por Broussais. La pretendida alma humana se representa toda entera en estas tres palabras. ¿Cuál es, pues, el órgano que siente en el organismo humano? Es incontestablemente el cerebro. Pues el cerebro es el *yo*, y todas las percepciones del pensamiento no son sino excitaciones de la substancia cerebral.

Esto parece muy simple. Y sin embargo, hay una pequeña objeción.

Hemos visto ya que el cerebro es una masa de carne de tres libras, poco más ó menos, compuesta de médula, de fibras blancas ó grises, de grasas fosfóreas, de agua, de albúmina, etc. ¿Cuál es,

pues, la substancia que piensa ahí dentro? ¿Es el agua, es el fósforo, es la albúmina, el oxígeno? Si la facultad de pensar está unida á una molécula simple, ó á un átomo real, no tenéis el derecho de negar la inmortalidad del alma, pues en esta hipótesis la facultad de pensar dividiría el destino del átomo indestructible. Pero es preciso, pues, admitir que este átomo está exento desde entonces, del movimiento y queda inmóvil (en el fondo, tal vez, de la glándula pineal). Si por lo tanto cada molécula cerebral es capaz de sentir, según la naturaleza de las sensaciones, ese pretendido yo no será más singular, sino plural; habrá tantos yos (!) como moléculas cerebrales. Las lenguas no conocen esta nueva palabra, y deberán de aquí en adelante añadirla en su diccionario. El hombre nunca ha previsto que hubiesen en él varias personas, pues los mismos griegos con su ψυχή, su θρεπτικόν, su γεννητικὴ δύναμις, su αἰσθητικόν, su δρεκτικόν, su φαντασία, su νοῦς πασχόν, su νοῦς ποιητικὸς y todas sus νοῦς posibles no habían nunca imaginado en esto nada, más que diversas facultades, diversas maneras de ser de una sola alma. Pero cada molécula es un agregado de átomos de cuerpos. ¿Será también ahora que pensará cada átomo? Henos ya en la hipótesis más absurda que se puede imaginar. Esta contradicción entre la unidad incontestable de la persona pensante y la multiplicidad no menos incontestable de los elementos cerebrales, reduce á nada la idea de hacer de la conciencia personal la propiedad del encéfalo.

Observación curiosa; esos señores no se aperciben que razonando así, vuelven á los términos de Van Helmont, bajo pretexto de progreso. No más le falta que los *espíritus animales* del tiempo de Descartes y de Malebranche, y nos encontraremos

retrocedidos en más de dos siglos antes del origen de la fisiología.

¿No tenemos en el fondo de nuestra conciencia la certidumbre de nuestra unidad? ¿Se apercibe vuestro pensamiento como un mecanismo compuesto de varias piezas ó como un ser simple? Todos los hechos de la actividad de nuestra alma atestiguan en favor de esta unidad personal, pues en su variedad y en su multiplicidad están reunidos alrededor de una percepción íntima única, de un juicio único, y de una facultad de generalización única. En nosotros mismos sentimos esta unidad de nuestra persona, sin la cual nuestros pensamientos igual que nuestras acciones no estarían unidas ya más por ningún lazo, sin la cual nuestras determinaciones no tendrían ningún valor. Y este hecho es tan firmemente verídico en la conciencia y tan inatacable que las contradicciones aparentes que se le pueden oponer, vuelven definitivamente en su ventaja. Si, por ejemplo, cierta facultad de nuestra alma se equivoca en su apreciación, parece que se puede deducir que existe complejidad en el modo de acción del espíritu. Pero yendo hasta el fondo de ese fenómeno tan frecuente en el error, se reconoce bien que es el mismo ser, la misma persona, la que se engaña y reconoce su yerro, y que en el hombre que comete un error y lo corrige, es evidente que es la misma razón la que lo juzga y lo corrige. Las mismas contradicciones de la naturaleza humana sirven lo mismo que nuestra conciencia para afirmar la personalidad de nuestro ser mental.

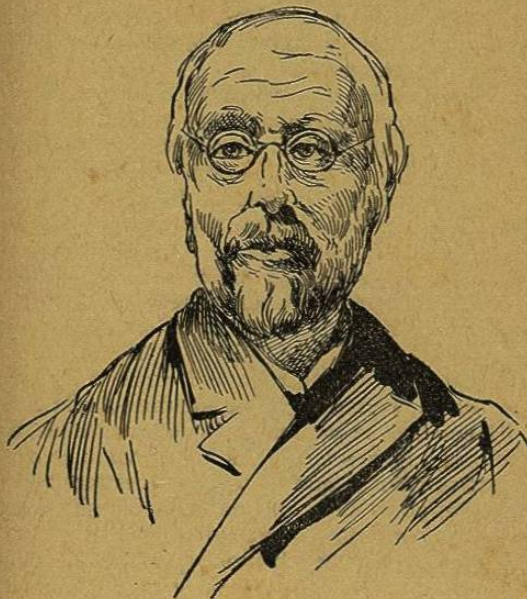
Aunque la afirmación del yo personal prueba la existencia del alma, no se infiere por eso que lo constituya. Nosotros creemos que el alma es el sujeto pensante, mientras que el yo no es más que una concepción que da por fenómenos internos el carácter de hecho de conciencia. El alma podría

existir sin tener conciencia de su personalidad, y de hecho en el mundo animado, un gran número de ellas no están aún en él.

A esto contestan que es el conjunto del cerebro el que piensa, y no cada molécula. Pero, ¿qué es el conjunto del cerebro, sino la reunión de las moléculas que lo componen? Los que hacen de esta reunión un ser ideal, una especie de sociedad, de armada, no pueden hacer pensar á esa sociedad sin hacer pensar á cada uno de sus miembros. Porque en sí, una sociedad, un pueblo no son seres reales, sino un conjunto en el cual la naturaleza y el valor no están constituidos nada más que por la de los miembros que lo componen. Suprimid el pensamiento á los cerebros del pueblo francés, ¿qué le quedará á este pueblo? Imaginad que las moléculas de nuestro cerebro no piensan, ¿qué le quedará al cerebro? Y si piensan, volvemos á la rara imagen de una cantidad indefinida de yos (esta palabra debe parecer singular verla así en plural). Y para que ellas concuerden las unas con las otras, veremos instituir la jerarquía militar y nombrar un general que subirá á caballo de algún átomo retorcido de la glándula pineal, ó bien se dirá como Sydentam «que en el hombre hay otro hombre interior, dotado de las mismas facultades, de las mismas afecciones que el hombre exterior.» Bajo pretexto de ciencia positiva se imaginarán mil hipótesis más difíciles á explicar que los misterios tan críticos de las antiguas religiones.

Los materialistas contemporáneos son algo más inteligentes. Declaran como ya hemos visto, que el alma es una fuerza secretada por el cerebro (?) sin ponerse en el embarazo de decidir qué parte ó qué elemento del encéfalo posee esta maravillosa facultad. Esto es un precedente del conjunto de los movimientos que se operan bajo diversas in-

fluencias del órgano cerebral. Este es el dictamen de la escuela materialista y también de la panteísta. Esta hipótesis es tan simple como las precedentes; no tiene más que una pequeña falta; es la de



Taine

ser perfectamente incomprensible. Por otra parte, tampoco vale la pena de procurar explicarla. Cuando en el año 1827, se oponía la simplicidad del alma á la multiplicidad de los elementos constitutivos del cerebro en aquella época en que la química del pensamiento no había aún tenido la dicha

de ser hecha en los crisoles de allá del Rhin, Broussais contestaba lealmente: «El yo es una facultad inexplicable, yo no pretendo explicar el yo.» (Sin embargo, en las definiciones señaladas más arriba añade esta: «El yo es un fenómeno de *inervación.*») Hoy ya no se puede probar ni explicar más que nuestra conciencia individual sea la procedente de ciertas combinaciones operadas en una máquina automática.

De esta manera la *unidad de nuestra fuerza pensante* protesta enérgicamente contra la hipótesis de los pensamientos, secreciones de la substancia cerebral, y la destruye redondamente. Entre tanto opondremos á la misma hipótesis un segundo hecho paralelo á éste, y cuyo valor es tan grande que por sí sólo es capaz de reducir á nada la colosal armada de argumentos ya enervados que pretenden defender la dicha teoría.

Este hecho, helo ahí, en algunas palabras muy claras.

La substancia constitutiva del cerebro no permanece dos semanas seguidas idéntica á ella misma. El cerebro se cambia completamente en un tiempo más ó menos largo. Ya hemos visto en otro de nuestros libros que el cerebro, enteramente organizado, no es nada más que una sucesión, una mutabilidad perpetua de moléculas.

Al contrario, nuestra persona pensante permanece. Cada uno de nosotros tiene la certeza que desde su infancia hasta á la edad en la cual ha llegado, no ha sido cambiado, como lo han sido sus vestidos, sus cabellos, sus facciones y su cuerpo.

En las precedentes páginas, acabamos de demostrar la personalidad del alma, á pesar de la complejidad de los elementos del cerebro, á pesar de la multiplicidad de sus funciones, y hemos visto que lejos de ser un procedente, esta personalidad se afirma por sí sola como una fuerza in-

dividual. Vamos ahora de algún modo á transportar á la idea del tiempo lo que decimos á propósito de la dilatación, y establecer que la unidad del alma no existe tan sólo á cada instante considerado en el mismo, sino también que persiste de un instante á otro, y permanece idéntica á ella misma á pesar de los cambios que el tiempo trae á la composición de la substancia cerebral.

Se trata, pues, de conciliar la *identidad permanente* de nuestra persona con la *mutabilidad incesante* de la materia. Sería una rareza que los señores materialistas consintiesen en salir á escena para resolver este pequeño problema.

Pero nosotros queremos anunciárselo: Demostrar que el movimiento es el amigo del reposo y que el mejor medio de crear en el mundo una institución estable y sólida es una idea salida de un torbellino de cabezas frívolas.

Las observaciones severas, hechas en diversos puntos de vista y comparadas, han demostrado que no sólo nuestro cuerpo se renueva del todo sucesivamente, molécula por molécula, sino que también esta renovación perpetua es de una asombrosa rapidez, y que basta una treintena de días para dar al cuerpo una nueva composición. Tal es el principio de la desasimilación en el animal. Rigurosamente hablando, el hombre corporal no permanece dos instantes seguidos idéntico á él mismo. Los glóbulos de sangre que circulan en mis dedos en el momento en que escribo estas líneas, el mágico fósforo que late en mi cerebro en el momento en que pienso esta frase, ya no formarán parte de mí, cuando estas páginas estarán impresas, y tal vez en el momento que tú las lees, lector amigo, esas mismas moléculas formarán parte de tu ojo ó de tu frente... tal vez, ¡oh! soñadora lectora que vuelves delicadamente esta hoja con tus dedos amados, la dicha molécula de fósforo

que, en la hipótesis de nuestros adversarios, tuvo la fantasía de imaginar la frase en cuestión, tal vez, digo yo, esta dichosa molécula esté al presente aprisionada debajo la sensible epidermis de tu índice... tal vez se estremece ardentemente debajo las palpitaciones de tu corazón... (Habría mucho que decir sobre este indiscreto asunto de los viajes de una molécula, pero no me atrevo á prolongar mi paréntesis). La importante cuestión es recordar esta verdad: que la materia está en circulación perpetua en todos los seres, y que el ser humano corporal en particular no vive dos días idéntico á él mismo.

Si el valor de ese hecho no nos engaña, creemos que tiene su importancia en la cuestión que nos ocupa, y tenemos un verdadero placer en dirigirla á nuestros adversarios y de invitarles á explicarla. Como que es á los mismos campeones del materialismo que la ciencia es deudora de una parte de esas interesantes observaciones, no están como nadie en estado de interpretarlas en favor de su teoría, si todavía este modo de interpretación no es un ardid de fuerza muy exagerado. Veamos:

«La sangre abandona constantemente sus propias partes constitutivas á los órganos de los cuerpos en calidad de alimentos histógenos. La actividad de los tejidos descompone esos elementos de ácido carbónico en urea y en agua. Los tejidos y la sangre sufren, por la marcha regular de la vida, una pérdida de substancia, que no encuentra compensación más que en el resarcimiento provisto por los alimentos. Este cambio de materia se opera con una rapidez notable. Los hechos generales indican que el cuerpo renueva la mayor parte de su substancia en el transcurso de veinticuatro á treinta días. El coronel Lann, por medio de varias pesadas, ha encontrado una pérdida poco

más ó menos de la veintidozava parte de su peso en veinticuatro horas. Para el renovamiento completo sería preciso, pues, veinticinco días. Liebig deduce una rapidez de veinticinco días de otra consideración del cambio de las materias: la combustión de la sangre. Por muy maravillosa que parezca esta rapidez, las observaciones concuerdan sobre todos los puntos.»

Así, pues, sois vosotros mismos que enseñáis, que en algunos días, en algunas semanas, nuestro cuerpo es enteramente renovado. Nuestro ser material ha visto sucesivamente toda su asamblea constitutiva disuelta y reemplazada; no ha quedado una sola molécula de oxígeno, de hidrógeno, de carbono, de hierro, de fósforo, de albúmina...; esas moléculas se han mezclado en otras substancias y están actualmente medidas en las nubes acarreadas en los mares, sepultadas en el suelo, recogidas por las plantas ó por los animales, y nuestra propia substancia ha enteramente cambiado.

En aplicando aún vuestra ingeniosa teoría á ciertos hechos del orden social, se llega á probar que la unión matrimonial no es en ningún caso un sacramento eficaz, que al cabo de un mes los dos seres que creyeron formar nudos eternos, se han transformado corporalmente y espiritualmente y viven desde entonces en el estado de adulterio, y mil conclusiones tan edificativas. Vosotros añadís á continuación de esta doctrina que siendo el fósforo la parte constitutiva más caracterizada del cerebro, es de esta substancia de donde procede el pensamiento, lo mismo que á la potasa se deben los músculos y las facultades de locomoción, como al fosfato de cal, los huesos y la armazón del cuerpo, etc., y comparáis el acto del pensamiento (¡secreción del cerebro!) á la secreción de la bilis por el hígado, de la orina por los riñones,